

PONENCIA.
LA CIENCIA ECONÓMICA EN LA ACTUALIDAD. LA
INACABABLE BÚSQUEDA DE UNA “SITUACIÓN
CLÁSICA”

Luis Palma Martos

Departamento de Teoría Económica y Economía Política

Universidad de Sevilla

e-mail: lpalma@us.es

Resumen

La ponencia ofrece una visión esquemática del estado de la ciencia económica en la actualidad, explicitando el grado de desacuerdo que mantienen los muy variados enfoques de análisis con que cuenta la disciplina.

Nos interesa esbozar una reflexión acerca de esta falta de consenso y para ello vamos a apoyarnos en la noción schumpeteriana de “situación clásica”, utilizada como elemento delimitador en su “Historia del Análisis Económico”.

La ponencia se acerca, en primer lugar, a la categoría analítica de “situación clásica” y se justifica su utilización para clarificar las razones de la crisis actual de la teoría económica. Posteriormente, se plantean las condiciones que originan y hacen desaparecer una “situación clásica”, para, en un recorrido histórico, constatar la ausencia de la misma en el momento presente. Finalmente, se analizan las razones de esta ausencia que consideramos determinante en el fracaso actual para alcanzar un consenso en la disciplina.

Palabras clave: “Situación clásica”, ciencia y metodología económicas, crisis de la teoría económica.

Area temática: Metodología y Didáctica de la Economía.

1. INTRODUCCIÓN.

Si consideramos la situación de la ciencia económica en la actualidad es manifiesto el grado de desencuentro que mantienen los diferentes enfoques de análisis. Nos interesa esbozar una reflexión acerca de esta falta de consenso y para ello vamos a apoyarnos en la noción schumpeteriana de “*situación clásica*”, utilizada de un modo particularmente interesante por Heilbroner y Milberg (1998) en un libro sobre la crisis de visión en el pensamiento económico moderno¹.

La tesis sostenida por Heilbroner y Milberg es la ausencia actual de un “*capítulo*” en la metanarrativa que denominamos Historia del Pensamiento Económico. Puede constatarse la existencia de tres capítulos que constituyen el eje central de esta metanarrativa: la economía política clásica, la economía marginalista y la economía keynesiana. Estos tres capítulos contaban con un primer atributo común, imprescindible: una preocupación explícita por la importancia que tiene su contenido para el mundo real (Heilbroner y Milberg, 1998 p. 16). A este primer atributo habría que añadir un segundo, de importancia equivalente: la presencia de un “*foco central identificable*” en el pensamiento económico del periodo, lo que puede denominarse “*visión*”.

Al constatar la ausencia de un capítulo como los señalados en el contexto actual, Heilbroner y Milberg tratan de buscar las razones de esa ausencia y, naturalmente, eso les conduce a criticar la dirección de la teoría económica norteamericana, crítica que podría hacerse extensible a la teoría económica de cualquier nacionalidad. Afirman (op. cit. p. 18):

“El signo de la economía de nuestros días es su extraordinaria indiferencia en relación a este problema -se refieren a la preocupación continua y visible por la conexión entre teoría y realidad-. En sus momentos álgidos, la “fuerte teorización” del presente periodo alcanza un grado de irrealidad que sólo se puede comparar con la escolástica medieval”.

¹ El libro fue publicado en 1995 por Cambridge University Press. Manejamos una edición española -debemos señalar la poca calidad de la traducción- de 1998, editada por Paidós.

En su ya clásico libro “*La retórica de la economía*”, McCloskey (1990, p. 23) afirma con relación al tono metodológico:

“La conversación económica ha escuchado discursos muy elocuentes, pero sus pasajes más convincentes han sido matemáticos. Especialmente desde la década de 1930, los economistas de todas las tendencias se han quedado encantados con la nueva manera de hablar. Actualmente, la mayor parte de la revistas de economía parecen revistas de matemáticas aplicadas o de estadística teórica. Por el contrario, la American Economic Review de los años treinta apenas contenía una ecuación...”

En este contexto, Heilbroner y Milberg señalan la importancia básica de la función de visión con relación a la empresa del análisis mismo. Entienden por análisis el proceso de deducir las consecuencias partiendo de las condiciones iniciales, de prestar atención escrupulosamente a las cadenas de razonamiento y de guardarnos de la tentación de suplir el intercambio intelectual por la demagogia. En definitiva, el análisis se asimila a un proceso de carácter científico. Entienden por visión, los temores y esperanzas políticas, los estereotipos sociales y los juicios de valor que impregnan todo pensamiento social. Se trata del escenario de la investigación económica. En la actualidad prima el análisis sobre la visión. Y esto no sería objetable si no fuera porque, finalmente, se confunde economía con análisis, quedando éste sin una macrofundamentación. Resulta preocupante “*la extendida creencia de que el análisis económico puede existir como cierta clase de estudio social desencarnado*” (Heilbroner y Milberg, 1998, p. 21). Esta creencia conduce a la profesión de economista a una posición arrogante a la hora de abordar los problemas. Heintz y Folbre (2000, p. 10), dos economistas claramente críticos, lo exponen nítidamente:

“Los cursos de economía típicos confinan su atención a la teoría de los mercados competitivos y tratan a la economía como un sistema autorregulado. Incluso cuando abordan temas de política pública, los economistas a menudo enseñan a los estudiantes que hay un inevitable «trade-off» entre equidad y eficiencia. El mensaje, utilizando un lenguaje común, es que la justicia social es demasiado cara”.

Por otra parte, esta posición arrogante -o inocente- lleva a tratar fuera del ámbito de lo económico aquellos problemas que no pueden ser analizados con el paradigma

marginalista. Estaríamos ante un reduccionismo económico en el que acabaríamos confundiendo la economía con el mercado, “*todo es mercado*”, o bien, sensu contrario, lo extra-mercado con lo extra-económico. (Anisi 1992, pp. 33-34).

Cuando hablamos de visión, estamos planteando la necesidad de una aproximación analítica a los problemas económicos, considerando las “*macrofundaciones*” que deben preceder al “*microcomportamiento*”. El microcomportamiento puede ser circunscrito al análisis del mercado, pero “*lo económico*” trasciende al mercado e incluso éste “*es difícilmente imaginable, teórica y empíricamente, sin relacionarlo con los aspectos jerárquicos y valorativos*” (Anisi, 1992, p 35). Abunda Anisi (1992, p 35), certeramente a nuestro parecer, en el sentido de que

“esa perspectiva económica en la que Jerarquía, Mercado y Valores se interrelacionan, excluyen, apoyan... permite contemplar de forma adecuada aquello que es y fue el auténtico núcleo de la economía: las relaciones de poder²”.

Como veremos, una parte del fracaso de la teoría económica actual procede de no integrar adecuadamente estas tensiones del sistema en sus esquemas analíticos. Estas relaciones de poder configuran el contexto social, y hasta que este contexto social no sea reconocido abiertamente, la economía no tendrá un papel útil como intérprete de las perspectivas humanas.

El reto de la economía es, pues, la construcción de una “*situación clásica*” integradora y constructiva. Veamos por lo tanto en que consiste una “*situación clásica*” y reflexionemos a continuación, sobre las causas de su inexistencia en la actualidad.

² Galbraith en un fascinante libro señala acerca del New Deal de Roosevelt: “*En los años de Roosevelt hubo un rompecabezas generalizado sobre por qué los hombres de negocios se resistían tanto a una intervención pública que tenía el efecto de estabilizar y acrecentar sus propias percepciones financieras. Lo hacían porque se desafiaba su prominencia, su sensación de ser ellos quienes mandan. Esto sigue siendo igual; la actual actitud del mundo de los negocios está profundamente influida por la necesidad de verse considerado una fuerza decisiva dentro de la vida económica*” (Galbraith, J.K. 2000, pág. 21)

2. LA NOCIÓN DE “SITUACIÓN CLÁSICA” Y JUSTIFICACIÓN DE SU USO EN NUESTRO ANÁLISIS.

La categoría analítica “*situación clásica*” se debe a Schumpeter, quien la utiliza como elemento delimitador en su Historia del Análisis Económico³.

Schumpeter utiliza el término “*situación clásica*” para describir “*el logro de concordancia sustancial tras un largo periodo de pugnas y controversias, la consolidación del trabajo nuevo y original precedente*” (Schumpeter, 1982, nota 1, p. 87).

Aunque creemos de un enorme interés el uso de este concepto para llegar a clarificar las razones de la crisis actual de la teoría económica, debemos trazar una reflexión en cierto tono crítico, motivada por la ausencia de contenido analítico del concepto de “*situación clásica*” (Heilbroner y Milberg, 1998, p. 31). Esta carencia dificulta enormemente la comparación con otros modelos que periodifican o plantean un análisis del progreso intelectual en economía. Nos referimos a los enfoques de Popper, Kuhn o Lakatos, basados en categorías analíticas claramente establecidas: conjeturas y refutaciones en el caso de Popper, paradigmas en el caso de Kuhn o programas de investigación científica en el caso Lakatos⁴.

A pesar de la crítica anterior, existen razones para asumir este modo de analizar el proceso de avance de la ciencia económica hasta su atípica, desde una perspectiva histórica, situación actual. Esbochemos tres, apoyándonos en Heilbroner y Milberg (1998, p. 32 y ss).

La primera estriba en el carácter eminentemente económico del intento que lleva a cabo Schumpeter para periodificar los capítulos de la Historia del Pensamiento Económico. Los enfoques antes mencionados son aplicaciones a la ciencia

³ Manejamos una edición de febrero de 1982, de la editorial Ariel. A las páginas de ésta se referirán las citas. En la nota 1 de la página 87, que abre el capítulo de la parte II, “*Desde los comienzos hasta la primera situación clásica*”, aclara Elizabeth Boody-Schumpeter el sentido del concepto, ya que Schumpeter no llegó a completar las secciones de la parte I en las que se había discutido éste.

⁴ En Blaug (1993) puede verse una síntesis muy completa de estas aproximaciones.

económica de metodologías diseñadas para el análisis de las ciencias naturales y esto supone una debilidad, por cuanto existen elementos políticos y morales, claves para el estudio del orden social, aunque inexistentes en la naturaleza.

Una segunda razón, más operativa, es la utilidad del concepto para encontrar las causas que determinan la quiebra de una “situación clásica”⁵. La pérdida de encanto ideológico es una razón para la ruptura de una situación clásica; en el caso de la economía keynesiana así fue, sobre todo en lo que respecta al papel del Estado. El problema actual es la falta de acuerdo general sobre el núcleo de la disciplina, lo que conlleva a un inevitable caos y a una manifiesta falta de serenidad en la imaginación política.

Una tercera razón, que ahora retomaremos, está relacionada con la historia del pensamiento económico como modo de investigación.

3. AUSENCIA EN LA ACTUALIDAD DE UNA “SITUACIÓN CLÁSICA”. ¿CRISIS DE LA ECONOMÍA COMO CIENCIA?

En opinión de Heilbroner y Milberg (1998, p. 38) la utilidad del concepto “*situación clásica*” estriba en permitirnos plantear una pregunta ignorada: ¿ por qué formas o formulaciones específicas de la Teoría logran su función centralizadora y estabilizadora en momentos distintos?. Tomando como referente la noción de situación clásica y su visión subyacente podría constatarse que ésta sirve para reflejar o afirmar las esperanzas, o para calmar los miedos de la comunidad. En definitiva, para cumplir una función estabilizadora. La crisis actual puede cifrarse en la incapacidad por parte de los economistas de llevar a la economía hacia una solución de este tipo. En opinión de Heilbroner y Milberg (1998, p. 39):

“el fracaso a la hora de alcanzar una nueva situación clásica es el resultado del giro equivocado, en términos de visión, que tomó el

⁵ Heilbroner y Milberg (1998, p. 35) esbozan otra definición de “*situación clásica*”: “*formulaciones que reducen el caos de las observaciones sociales discordantes, restaurando la serenidad y la compostura de la imaginación política*”

pensamiento económico cuando se enfrentó a una encrucijada a principios de la década de los años setenta”.

El detonante de ese viraje fue la crisis, inaugurada oficialmente en 1973, crisis en la que, de algún modo, aún sigue instalado Occidente (Anisi, 1995, p. 67). Hemos señalado con anterioridad que la crisis interna de la Economía está vinculada a la pérdida de encanto ideológico de las ideas keynesianas que habían fraguado en la configuración de los Estados de Bienestar. Los Estados de Bienestar suponían pleno empleo y seguridad y estas circunstancias habían propiciado movimientos sociales que ponían en peligro al sistema. Habría que afirmar con Anisi (1995, p. 70): *“La crisis económica no puso en entredicho al Estado de Bienestar. La puesta en entredicho del Estado de Bienestar fue la crisis económica”*. En la sociedad volvía a instalarse el miedo y la desesperanza.

Amartya Sen (1989, p. 20) se sorprende del giro seguido por lo que él denomina economía moderna, habida cuenta de que se *“supone que la economía se interesa por las personas reales”*; es decir, se les supone a los economistas interesados por la pregunta socrática *¿cómo hay que vivir?*. Sen formula una pregunta a su vez, *¿pueden las personas que estudian la economía sentirse tan poco afectadas por una pregunta tan difícil como ésta, y seguir siendo fieles, exclusivamente, a la primitiva tozudez que les atribuye la economía moderna?*

3.1. El nacimiento y la desaparición de una “situación clásica”. un apunte en clave histórica.

Heilbroner y Milberg sugieren dos clases de dinámicas para explicar el nacimiento y desaparición de situaciones clásicas. Una primera clase viene asociada a problemas *“internos”*. Estos problemas deben vincularse con la exploración analítica de una descripción determinada de un orden económico. La idea de *“valor”* o el concepto de fondo de salarios fueron elementos controvertidos en la economía clásica que acabaron por minar el consenso que caracterizaba la situación. En todo caso, no son los problemas analíticos *“internos”* los que resultan de mayor interés -sin negarles su

lugar destacado- dado que queremos poner el acento en el papel de la visión como la variable estratégica en la evolución del pensamiento económico.

Así, la situación clásica puede alterarse al producirse un cambio de visión. En palabras de Heilbroner y Milberg (1998, p. 40), “*Deben surgir disonancias ante la «visión» del mundo económico y su funcionamiento inmediato*”; o como bien preguntan ¿quien negaría la conexión entre la Gran Depresión y el nacimiento de la economía keynesiana?.

Desde el punto de vista de la “*metahistoria*” la secuencia histórica del pensamiento económico podría dividirse en dos segmentos, cada uno de los cuales posee un elemento identificador. Estos dos escenarios vendrían protagonizados, por un lado, por David Ricardo y J.S. Mill y por el otro, por Marshall y Keynes. La forma más sucinta de diferenciarlos es asociar el primero con la Economía Política y el segundo con la Economía.

Naturalmente, lo importante no es el rótulo en sí, sino lo que este cambio de denominación encierra. Heilbroner y Milberg sugieren dos explicaciones para este cambio. La primera, se fundamenta en el desplazamiento, desde el punto de vista político desde la aristocracia, característica del primer periodo, a una extensión de la visión democrática del segundo. Las clases sociales bien delimitadas daban estabilidad al primer periodo; el orden natural vinculado al mercado, al segundo. Muy relacionada con esto último está la segunda explicación. Se trata del prestigio que va a adquiriendo la ciencia natural -la Física es el paradigma- a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX.

En el prólogo a sus “*Principios de Economía Política*” (1871), Karl Menger nos traza una interesante y ejemplificadora síntesis de lo que hemos venido exponiendo⁶.

“Si nuestra época ha saludado con tan general y placentero reconocimiento los progresos realizados en el ámbito de las ciencias naturales, mientras que nuestra ciencia goza de tan escasa estima, precisamente en aquellos mismos círculos para los que debería ser el fundamento de su actividad práctica, y se pone

⁶ Manejamos una edición de 1997, publicada por Unión Editorial. La primera edición de la obra en español data de 1983. La traducción en ambos casos fue de Mariano Villanueva.

tantas veces en duda su valor, la razón de ello es patente para quien juzgue las cosas con imparcialidad. Nunca ha habido ningún otro tiempo que haya concedido tanta importancia a los intereses económicos como el nuestro; nunca se sintió tan profunda necesidad de un fundamento científico para las actividades económicas ni nunca fue tampoco mayor la capacidad de los hombres prácticos para sacar consecuencias útiles de las conquistas científicas en todos los ámbitos de la creatividad humana. No puede, pues, atribuirse a ligereza o a incapacidad de estos hombres prácticos el hecho de que, despreocupándose de los avances hasta ahora conseguidos por nuestra ciencia, tomen consejo, para guiar su actividad económica, únicamente de sus propias experiencias, ni puede ser resultado de un altivo desprecio hacia la profunda visión que la auténtica ciencia les ofrece sobre la realidad y las circunstancias que determinan el éxito de su actividad. La razón de una tan desconcertante indiferencia no debe buscarse en otra parte sino en el estado actual de nuestra ciencia, en la infructuosidad de los esfuerzos hasta ahora emprendidos por cimentar las bases empíricas de la misma”.

Finalmente, los esfuerzos a los que alude Menger cristalizaron en una “*situación clásica*”, cuyo referente fundamental son los “*Principios de Economía*” (1890) de Alfred Marshall, síntesis del pensamiento neoclásico.

3.2. La última “*situación clásica*”: el consenso keynesiano.

Abundemos en la necesaria conexión entre teoría y realidad para iniciar la discusión acerca de las causas del declive de la “*situación clásica*” marshalliana y la configuración del consenso keynesiano⁷. Volvemos a Heilbroner y Milberg, (1998, p. 52):

“La actuación cada vez más pobre de la economía después de la Primera Guerra Mundial indujo una sensación creciente de inquietud, visible en la nueva dirección de la atención, que pasó de la determinación del precio hacia los ciclos de negocios, una problemática ausente en el texto de Marshall...”.

Sin embargo,

“esta emergencia de los estudios del ciclo de negocios como objeto principal de investigación no constituía... una reorientación de la

⁷ Rojo (1984 p. 37) señala: “Keynes... fue un economista básicamente dedicado a la economía aplicada. La teoría le interesaba como fundamento de los diagnósticos y guía para la acción; la política estaba siempre detrás de sus análisis”.

economía lo suficientemente grande para sugerir la aparición de una nueva situación clásica”.

Dicho de otro modo, el análisis keynesiano cambia el enfoque centrando su atención en una tarea nueva: la determinación del nivel de demanda agregada. No obstante, se mantiene tácitamente la existencia de un mecanismo para la determinación de los precios, sin el que no podría existir un cierto orden económico.

Barber (1980, p. 218) abunda en lo anterior:

“...el análisis económico debía ser reconstruido para llevar los problemas agregativos a corto plazo al centro de la escena. Las cuestiones microeconómicas, en torno a las cuales se había organizado la tradición neoclásica, fueron dadas de lado”.

Esta reconstrucción del análisis económico se completa con la consideración de la incertidumbre y el subsiguiente papel otorgado a las expectativas. Este nuevo contexto tiene dos consecuencias. En primer lugar, una relativa al método de “*cálculo ordenado*” para la resolución de problemas económicos. En segundo lugar, este nuevo escenario propicia “*intervenciones extrasistemáticas*”, indispensables desde el punto de vista político. Esto supone una legitimación del papel del Estado. Al respecto, señala Rodríguez Braun (1994, p. 20):

“...John Maynard Keynes y el grueso de los economistas del siglo XX, no tuvieron ni siquiera la preocupación ante la ampliación del tamaño del Estado: más aún, la recomendaron como la mejor forma de resolver los problemas económicos”.

Es interesante analizar el modo en que el nuevo marco conceptual de la economía keynesiana se hizo aceptable para la generalidad de la profesión. Antes de alcanzar el consenso teórico, el modelo keynesiano sufrió dos enmiendas significativas. Con relación a la primera enmienda, Heibroner y Milberg (1998, p. 62) señalan lo siguiente:

“casi de inmediato...empezaron a eliminarse elementos incongruentes. Uno fue el desafío planteado a la tradición establecida por un análisis económico de tipo Ley, por la idea de incerteza ineludible.”

La otra enmienda trataba de reparar la ausencia de una conexión analítica entre el universo marshalliano y el keynesiano. Esta conexión la proporcionó Hicks (1937) en su artículo “*Mr. Keynes and the classics*”. La conexión se reforzó, en opinión de

Heilbroner y Milberg (1998, p. 63), mediante el diagrama de las curvas IS/LM que presentaba el modelo keynesiano en clave marshalliana.

La aparición en 1948 del texto “*Economics*” de Paul Samuelson, supuso la plasmación del acercamiento de ambos enfoques⁸. El libro de Samuelson ha constituido, desde entonces, el modelo pedagógico por antonomasia del keynesianismo y la estructura de sus contenidos ha sido imitada por la mayoría de los manuales de Introducción a la Economía.

La presentación en planos equivalentes, aunque separados, de un microsistema y un macrosistema abrió un espacio de legitimación a la acción del gobierno, sobre todo en lo referente a la política fiscal.

Esta visión, en la que el gobierno asume un papel activo, sin precedentes en la política económica, tenía, como ya hemos señalado, a la Gran Depresión como telón de fondo. En este contexto, el crecimiento deja de considerarse determinado por factores exógenos, y se sitúa en la esfera de la acción del gobierno.

La consolidación de la “*situación clásica*” keynesiana es explicada con todos los matices que la revistieron por Heilbroner y Milberg (1998, p. 67):

“Por lo tanto, en los primeros años de la posguerra había aparecido una verdadera situación clásica. Los economistas habían aceptado la teoría «general» de Keynes de un modo que habría más que satisfecho las esperanzas del autor, aunque a expensas de un considerable debilitamiento de su poder y originalidad...el revolucionario modelo de la «General Theory»...se convirtió en un pastiche de ideas, no tanto una mezcla como una posibilidad de coexistir, permitiendo que sus contradicciones e incoherencias mutuas quedaran sin resolver. El resultado fue denominado «keynesianismo bastardo» por Joan Robinson...”

⁸ El texto ha alcanzado ya la decimoctava edición, en coautoría con William Nordhaus. Ver Samuelson y Nordhaus (2005).

Todavía a principios de los setenta, tras veinticinco años de hegemonía keynesiana, prevalecía la visión de que la teoría económica estaba completa y sólo necesitaba una contrastación de carácter econométrico⁹.

Eric Roll, en un libro publicado en 1969, señalaba lo siguiente:

“Tómense, por ejemplo, las transformaciones de los treinta años transcurridos desde la publicación de la General Theory on Employment, interest and Money (1936), de Keynes. Esa obra indudablemente significó un cambio importantísimo y así se consideró en su momento. El mundo se hallaba entonces a mitad de camino entre el comienzo de la Gran Depresión económica y el estallido de la Segunda Guerra Mundial. Desde entonces han ocurrido muchas cosas- la agonía y devastación de la guerra, el milagro del renacimiento económico y los adelantos literalmente fabulosos dentro de la ciencia y la tecnología que en cierto modo han gravitado sobre la mayor parte de las ciencias sociales. Con todo, se puede sostener con cierta razón que la economía en sí casi no ha sido tocada por estos grandes acontecimientos. Ha habido adelantos...Pero la obra de Keynes parece perdurar como la última revisión completa del núcleo de la teoría económica” (Roll, E., 1969, pág. 10).

Diez años más tarde se había producido un sorprendente descalabro intelectual. Tal es así que *“hacia 1980 era difícil encontrar un macroeconomista norteamericano académico menor de cuarenta años que profesara ser keynesiano”* (Heilbroner y Milberg, 1998, p.68).

En todo caso, en tiempos de crisis vuelven a enarbolarse las ideas de Keynes. Eso sucedió, en el contexto de la Unión Europea, en 1993, cuando el entonces presidente de la Comisión, Jacques Delors, publicó el Libro Blanco *“Crecimiento, competitividad, empleo. Retos y pistas para entrar en el siglo XXI”*, y está sucediendo ahora, ya entrados en el siglo XXI, cuando la situación de la economía real parece cuestionar las políticas de estabilidad presupuestaria y abre espacios para el activismo. En el horizonte, la disyuntiva acerca del plazo de resolución de los problemas y los efectos colaterales de todo activismo económico.

⁹ En Heilbroner y Milberg (1998, p. 69) se ofrece una digresión acerca de la influencia del keynesianismo en Europa. Afirman que, salvo en Inglaterra, en Europa el keynesianismo gozó de menor status que en los Estados Unidos. No debe olvidarse tampoco que el marxismo tuvo en Europa una larga vida y una tradición intelectual que iba más allá de los países en los que la doctrina marxista había cristalizado en términos de acción política.

3.3. La quiebra en el consenso keynesiano.

Hemos señalado anteriormente el descalabro intelectual del keynesianismo en los años setenta. Esbochemos ahora una explicación de ese declive. Como apuntan Heilbroner y Milberg (1998, p. 73):

“lo que queda por demostrar es que la subsecuente disolución del consenso keynesiano refleja también cambios en las condiciones socioeconómicas existentes, así como la alteración de la visión económica que surge de este estado de la cuestión”.

En el sentido anterior habría que constatar el cambio de escenario, desde la reconstrucción de Europa tras la Segunda Guerra Mundial a una situación en la que la política económica keynesiana había servido como fundamento para la consolidación de los Estados de Bienestar. La economía keynesiana contribuyó al control de un cierto desafío al orden capitalista, incorporando elementos que suavizaban sus aspectos menos deseables para la sociedad.

Estos elementos suavizadores están en el núcleo de lo que Anisi denomina (1989, p. 241), *“pacto keynesiano”*:

“aquel que permitió, en Occidente, tras la Segunda Guerra Mundial, la interrelación y apoyo mutuo entre el capitalismo desarrollado y lo que hemos venido a denominar Estado de Bienestar. El resultado de ese pacto...permitió el diseño de una política económica donde quedaba garantizado el pleno empleo del capital y el trabajo, se ofrecían altos tipos de beneficio, y se establecía una red de seguridad para los ciudadanos en general y para los asalariados en particular”.

En definitiva, el declive del consenso keynesiano viene motivado por problemas de *“visión”*, pero también por ciertas debilidades analíticas que pudieron contribuir a la fractura del consenso.

Una primera crítica hace hincapié en la incapacidad de la doctrina keynesiana para presentar una teoría coherente de la inflación. El determinante trabajo de Phillips (1958) trató de cubrir este vacío¹⁰.

¹⁰ Puede seguirse una interesante controversia al respecto, en la que intervienen Friedman, Phelps, Gordon, Tobin, Lucas, Blinder y Leijonhufvud en Heilbroner y Milberg (1998, pp. 77-81).

Permítasenos en este punto entrar, a modo de digresión, en un aspecto de esta polémica que atañe al papel del economista como científico social. Lucas y Blinder personalizan las posiciones encontradas.

Para Lucas, el atributo distintivo de la economía está en su fundamento “científico”, en la elección individual racional. Así, la obligación del economista es dedicarse a la lógica de sus fundamentos. Para Blinder, son más importantes el realismo y la adaptabilidad histórica del marco. La polémica incide en el uso de la investigación para la justificación de la política. Según Blinder, que apoya el enfoque intervencionista de Keynes, la responsabilidad del economista es dedicarse a esta investigación. Lucas mantiene una opinión contraria, al afirmar que “*la política y el papel político que desempeña el economista tienen un efecto muy negativo en la macroeconomía*”¹¹.

En todo caso, no cabe duda de que Keynes siempre pensó que la capacidad de influir era fundamental, decisiva, en la tarea del economista. Al respecto, apunta Vercelli (1989, p. 29):

“Keynes siempre se había quejado del hecho de que había sido necesario medio siglo para que las ideas de Adam Smith recorrieran el camino entre el estudio del autor y la Cámara de los Comunes. En su caso, sin embargo, sus ideas habían realizado el mismo recorrido en menos de quince años”.

Otra razón de tipo analítico es el fracaso de la economía keynesiana para incorporar el concepto de estanflación en su estructura (Heilbroner y Milberg p. 82). El fracaso puede cifrarse en un doble plano: la teoría no fue capaz de predecir las nuevas condiciones económicas ni tampoco, una vez consolidadas éstas, supo adaptarse a ellas.

En el “*Economic Report*” del Presidente de los EE.UU. correspondiente a 1974, la Junta de Consejeros Económicos afirmaría¹²:

¹¹ Ver Heilbroner y Milberg, 1998, p. 81 nota 15.

¹² Unas reflexiones sobre el papel del economista como consejero político y sus implicaciones para el caso de España, pueden verse en Palma, L. y Villar, C. (1997).

“No existe una explicación sencilla para este comportamiento de los precios que es el más extraordinario en casi una generación y confunde a la junta y también a la mayoría de los economistas”¹³.

En todo caso, podría hablarse de causas institucionales de la aparición de la estanflación, vinculadas sobre todo a la capacidad de influir por parte del mundo del trabajo en el sistema económico. También podríamos buscar responsabilidades en una cierta confianza ciega en los principios económicos a la hora de tomar decisiones políticas, en una etapa que fue calificada como *"edad de oro del crecimiento"*.

Otra razón para el declive del keynesianismo podemos buscarla en el tratamiento dado al dinero. Puede decirse que el empuje inicial de la reafirmación del monetarismo fue su, aparentemente, mejor capacidad predictiva en los años setenta. La inflación habría que entenderla como un problema esencialmente monetario, siendo la política fiscal restrictiva insuficiente para frenarla.

La última razón de orden analítico del declive keynesiano puede encontrarse en la ausencia de microfundamentación, es decir, de una base microeconómica clara para explicar el proceso más amplio de macrodeterminación (Heilbroner y Milberg, 1998 p. 90).

En todo caso, el declive del keynesianismo, aunque puede explicarse en parte por razones de carácter analítico, tiene su base en condiciones visionarias e ideológicas. Se puede vislumbrar un extraordinario contraste en los trasfondos políticos y sociales de la época en la que surge el keynesianismo -años 30 y 40- y las décadas de los 50 y 60, momento en que comienza la discusión acerca de su hegemonía, lo que Heilbroner y Milberg califican como giro interior.

3.4. El fracaso en la pugna por alcanzar una nueva “situación clásica”. Una revisión crítica de las escuelas candidatas.

A finales de los sesenta el keynesianismo era un modelo desacreditado en los círculos académicos. No obstante, el ámbito político no se cuestionaba aún su validez y utilidad (Mankiw; 1990, p. 1658; Heilbroner y Milberg, 1998, p.97). El problema

¹³ Citado por Heilbroner y Milberg (1998, p. 82).

consistía, según Mankiw, en que, si bien había un cierto consenso en lo que estaba equivocado en el modelo, no había una visión clara del aspecto que tendría el nuevo paradigma que viniera a ocupar su lugar.

Podría pensarse en el monetarismo como heredero natural del keynesianismo. No existía una distancia irreconciliable entre los marcos keynesiano y monetarista. Gordon (1976a, p. 53) calificó la situación como “*La paradoja de la convergencia sin acuerdo*”. Friedman (1974) y Tobin (1974) señalaban que las diferencias eran fundamentalmente de naturaleza empírica y no conceptual. Sin embargo, el monetarismo fracasó como construcción teórica hegemónica y como orientación política indiscutible, a pesar de sus éxitos¹⁴. En todo caso, habría que señalar que el keynesianismo se debilitó cuando la preocupación sociopolítica se desplazó desde el empleo y la renta hacia la inflación. Podría decirse que para la derecha política el monetarismo era el modelo que vinculaba la insatisfacción popular sobre los impuestos, la generosidad pública y la sospecha de que los “*gorrones*” estaban abusando, con la inflación, la otra gran fuente de ansiedad. En definitiva y a grandes rasgos, el monetarismo se erigió en un componente clave de la crítica de la derecha sobre el consenso socialdemócrata keynesiano, caracterizado por el optimismo acerca del papel del Estado para promover el bienestar general de la sociedad¹⁵. Finalmente, la hegemonía -siquiera parcial- fue alcanzada por el axioma de las “*expectativas racionales*”. Este axioma, en absoluto contrario a los planteamientos conservadores, se sustentó en una menor vulnerabilidad analítica. Mankiw (1990, p. 1648), elogiosamente, califica a las “*Expectativas Racionales*” como “*quizás el único cambio importante en la macroeconomía en las dos décadas pasadas*”.

Dornbusch y Fischer (1994, p. 267) son claramente menos optimistas al respecto:

“Las expectativas racionales representaron una revolución en la macroeconomía cuando se introdujeron hace 20 años y cuando alcanzaron su plenitud diez años más tarde. Entonces pareció que iba a cambiar definitivamente la enseñanza de la macroeconomía y especialmente la manera en que la practicaban los responsables de la política económica. Algunas de estas espectaculares promesas

¹⁴ Heilbroner y Milberg (1998, p. 100-103) apuntan algunas razones para este fracaso.

¹⁵ Un análisis crítico del “Neoliberalismo triunfante” puede verse en Torres, J. (2000, capítulo II).

no se han materializado, debido en parte a que los estudios empíricos que pretendían apoyar estas desafiantes ideas...no las han confirmado de una manera tan plena y convincente como esperaban sus defensores”.

Las expectativas racionales, basadas en estimaciones correctas del futuro, se fundamentan en el uso por parte de los agentes de toda la información disponible y de ese modo anticipan racionalmente los efectos de las políticas gubernamentales y reaccionan en el presente de acuerdo con las expectativas que se han formado (Ekelund y Hebert, 1992, p. 585). Frente a estas, las expectativas del monetarismo eran de naturaleza “*adaptativa*”; se formaban extrapolando hacia el futuro las expectativas pasadas¹⁶.

La utilidad del axioma no debe ser interpretada en función de las posibilidades de modelización que ofrece, sino por las ideas acerca de la realidad que propicia. La premisa de partida, la alta precisión de las estimaciones de los agentes, no debe ser el blanco central de las críticas. Esta premisa permitió concluir que la política no podría alterar el comportamiento autónomo del mercado. Ha de precisarse, no obstante, que la hipótesis no asegura la exactitud de la predicción individual sino la exactitud de la predicción conjunta acerca de los movimientos del mercado. Sobre esta base se establece una proposición de política ineficaz: ninguna política, ni fiscal ni monetaria, si se anticipa, puede ejercer ningún efecto real a largo plazo.

Nos encontramos con un problema derivado de la aplicación de una construcción científica a la realidad de los acontecimientos sociales: el modelo propugna la existencia de un mercado autodirigido como metáfora del Universo (Heilbroner y Milberg, 1998, p.108). Y esto es tanto como declarar que el propósito y la voluntad no tienen consecuencias en el despliegue de la vida económica, lo que resulta inaceptable. En definitiva, las expectativas racionales sufren la debilidad de estrechar la distancia entre los enfoques científiconaturales y los científicososociales de los acontecimientos humanos. Como señalan Heilbroner y Milberg (1998; p. 109-110):

¹⁶ Andreu (1997, p. 270) señala como la escuela de las expectativas racionales, también denominada “*Nueva Macroeconomía Clásica*”, recomienda unas reglas de comportamiento fiscal y monetario idénticas a las defendidas por el monetarismo, lo que hace que esta escuela sea llamada, en ocasiones, Monetarismo II.

“En algún nivel subterráneo, las expectativas racionales fracasaron por si mismas a la hora de desplazar la situación keynesiana, no porque no fueran potencialmente útiles, sino por una razón de mayor peso. Como metáfora existencial no era aceptable”.

Hemos esbozado las señas de identidad de dos posibles escuelas sucesoras del keynesianismo: la escuela monetarista y la de las expectativas racionales. Aún nos acercaremos a otras dos: la escuela neoclásica y la neokeynesiana. No debe entenderse la aparición de estas escuelas como una secuencia temporal lineal, con la inicial irrupción y su posterior fracaso. Las cuatro aproximaciones convivieron en el pasado y aún conviven en la actualidad, contando tanto en la esfera académica como política con devotos y detractores.

Vamos, en primer lugar, a acercarnos a la escuela neoclásica, que, como dice Mankiw (1990, p. 1652), tenía como meta la reconstrucción de la economía sobre bases microeconómicas (preferencias y tecnología). Este enraizamiento de la macroeconomía en fundamentos microeconómicos buscaba la construcción de modelos cuya estructura fuera inmune a las variaciones de la política (Heilbroner y Milberg, 1998 p. 111).

La “teoría del ciclo real de negocios” se convierte en punto focal del análisis económico. No obstante, sigue presente el mismo fondo de duda que antes subyacía a la hipótesis de las expectativas racionales. El modelo de los ciclos de negocios omitía las complicaciones derivadas de la consideración del gobierno:

“la presunción de que el gobierno carece de poder a la hora de afectar a las propiedades dinámicas de un sistema de mercado es equivalente a decir que se puede considerar al gobierno como un campo neutral - un espacio vacío - en cuyo seno se producen las dinámicas del mercado” (Heilbroner y Milberg 1998, p. 113)

Negar los aspectos sociales -de solidaridad- en el comportamiento de los agentes es contradictorio, por cuanto la economía como ciencia se sustenta en la investigación de los aspectos sociales del hombre. En ese sentido,

“al formalizar y situar al individuo -el supuesto agente representativo- en el centro del análisis, los neoclásicos han eliminado todos los aspectos sociales del comportamiento como el poder, el compromiso y los valores. A efectos prácticos, han

eliminado lo individual o el mismo individuo. Una insistencia en la sociabilidad de los agentes implica un enfoque muy distinto de la economía” (Heilbroner y Milberg, 1998, p. 114).

Habrá que reconocer, en todo caso, lo frágil de la línea de demarcación entre lo individual y lo social. Hay que afirmar la legitimidad de las perspectivas macro y micro, aunque esto signifique abordar la ardua tarea de establecer los fundamentos microeconómicos. Un marco fuerte para la explicación de comportamientos sociales exige apoyarse en ambas perspectivas.

Nos queda por aproximarnos al último de los modelos alternativos que hemos apuntado: la economía nekeynesiana. Esta escuela podría quedar exenta de las últimas críticas por cuanto no reduce al gobierno a la impotencia. Según Heilbroner y Milberg (1998, p. 118),

“lo que convierte en «nuevos» a los modelos nekeynesianos es que se construyen sobre el fundamento explícito de comportamientos basados en las expectativas racionales y guiados por la realización de toda oportunidad existente para maximizar el bienestar individual”.

Se trata de demostrar que maximizar el comportamiento no es suficiente para producir resultados de “corte neoclásico” si el mercado se ve sometido a imperfecciones que impidan que éste cumpla su función de asignador eficiente de los recursos.

El acento de la crítica al modelo nekeynesiano no debe ponerse en los aspectos analíticos. Como apuntan Heilbroner y Milberg (1998, p. 119) “...considerando todas las cosas, al nekeynesianismo no le va peor a este nivel que a cualquiera de sus rivales”. Resulta de mayor interés fundamentar la valoración del modelo en los aspectos de visión por cuanto el modelo nekeynesiano supone un compendio del giro interior del pensamiento económico.

Puede entenderse la agenda de investigación nekeynesiana, en gran medida, como una respuesta a la afirmación neoclásica de la imposibilidad del desempleo involuntario en una economía de mercado libre, integrada por agentes racionales. Se trata de demostrar que la existencia de imperfecciones en el mercado es determinante de la existencia de desempleo involuntario. En este sentido, el modelo nekeynesiano

está construido sobre la base de responder al modelo neoclásico, más que de construir una nueva visión económica.

Heilbroner y Milberg (1998, p. 120) identifican como aspecto decisivo de la escuela su insistencia en señalar el ámbito de la oferta como el más adecuado para el debate macroeconómico. Esto supone un giro radical en la perspectiva tradicional del keynesianismo, centrada en el lado de la demanda de la Economía. El abandono del interés por el lado de la demanda conduce inexorablemente a un alejamiento de los temas de macropolítica y a una preocupación por los problemas de coordinación y las imperfecciones del mercado como responsables del desempleo involuntario. Estas preocupaciones aproximan a la escuela neokeynesiana al monetarismo y a los neoclásicos. Heilbroner y Milberg (1998, p. 121-122) resultan demoledores:

“la economía neokeynesiana se parece cada vez más a un juego jugado con y contra otros economistas -de cuyos resultados nada depende mucho excepto el prestigio académico- que a un asunto que deba desarrollarse...en el mundo real”.

Podemos encontrar, no obstante, puntos de consenso. Tanto neoclásicos como neokeynesianos están de acuerdo en la necesidad de enraizar el análisis macroeconómico en fundamentos microeconómicos de decisión racional de los agentes. También son escépticos en cuanto a las posibilidades de actuación sobre la demanda agregada cuando se trata de superar problemas como la inflación o el desempleo. Existe pues un gran consenso en cuanto a que el sistema de precios constituye un mecanismo social deseable y eficaz. Al respecto, señalan Stigler y Friedland (1988, p. 111):

“La teoría de los precios está científicamente más madura que la teoría monetaria y fiscal; esto está confirmado por el mayor grado de comunidad de las citas hechas por los doctorados de diferentes universidades en el primer campo que en el último”.

El consenso se debilita cuando se trata de buscar salidas macroeconómicas o monetarias (Frey et al, 1984). Heilbroner y Milberg (1998, p. 123) insisten en que *“el problema entonces no es de desacuerdo interno, sino de confusión y de fallo de visión”*. En definitiva, lo que sucede es que las carencias preanalíticas reflejan la fragilidad de las teorías con relación a los problemas económicos que deben resolver.

Terminemos este apartado con una reflexión en otra esfera. Cuando hablamos de “*situación clásica*” entendemos que alrededor de ella existe un amplio grado de acuerdo entre los economistas. Pero, la “*situación clásica*” para poder ser considerada como tal debe contar con un significativo grado de confianza en su visión por parte de los ajenos a la profesión. En opinión de Heilbroner y Milberg (1998, p. 124), los no economistas buscan tres elementos persuasivos.

En primer lugar, se espera una explicación convincente de los fenómenos de naturaleza económica, que proporcione un sentido a las experiencias individuales y sociales. La consideración de un individuo “*natural*” de carácter presocial y dado al problema económico, propia de los enfoques neoclásico o neokeynesiano, supone una deficiencia de estas teorías frente a las exigencias de la sociedad.

En segundo lugar, se busca una orientación para dar respuesta a problemas económicos concretos. En este segundo elemento, también han fracasado las aproximaciones postkeynesianas, sobre todo por la creencia en la irrelevancia de la política para influir en el resultado de la dinámica económica. Esto supone una cierta abdicación de las obligaciones morales de la economía, cuya visión estriba, esencialmente, en el mal funcionamiento social de los aspectos económicos de la acción humana. Stigler (1988, p. 9) apunta al respecto:

“los economistas raramente plantean cuestiones éticas que afecten a la teoría económica o al comportamiento económico. Ellos (y yo) consideran este tema complejo y escurridizo en comparación con la relativa precisión y objetividad del análisis económico. Por supuesto, las cuestiones éticas son ineludibles: hay que tener unos fines al juzgar las políticas, y estos fines tendrán ciertamente un contenido ético, por oculto que pueda estar”.

Abordemos el tercer elemento persuasivo. Debemos entender que la defensa del “*laissez-faire*” es una decisión política. Cabría interpretar la tendencia de los economistas a oponerse a todo tipo de intervención como un reconocimiento de éstos acerca de su desorientación respecto a qué hacer. De nuevo cabría hablar de irresponsabilidad moral por esta retirada del escenario real. Summers (1991) hace una negativa valoración de la pretendida “*ilusión científica*” de la economía: “*en*

última instancia no estoy seguro de que estos ejercicios teóricos nos enseñen algo sobre el mundo en que vivimos”.

3.5. El análisis y la visión en la conformación de una “situación clásica”. Una explicación del fracaso actual.

Desde el declive del keynesianismo, la teoría económica se encuentra en un periodo de corte regresivo. Tratemos ahora de reflexionar sobre el papel que en este proceso han tenido los dos elementos esenciales en la construcción de una teoría: sus categorías analíticas y su visión del mundo. Cabría responder a la pregunta de por qué no ha aparecido ningún sucesor viable al modelo keynesiano, señalando que se debe a que ninguna visión alternativa ha contado con el suficiente poder de convicción. En páginas anteriores hemos tenido la oportunidad de esbozar las líneas maestras de las teorías candidatas a sustituir al keynesianismo.

Junto a estas teorías, que pueden considerarse integradas en la corriente principal de la disciplina, Heilbroner y Milberg (1998, p. 131) señalan dos posibles contendientes externos a su corriente principal: el Marxismo y el Institucionalismo, que por razones diversas tampoco consiguieron una posición de dominio intelectual en el pensamiento económico¹⁷.

En todo caso, el fracaso de todos los enfoques alternativos debe buscarse también en la rigidez y organización jerárquica de la profesión académica. Según un estudio de Canterbury y Burkhardt (1983), graduados de sólo siete departamentos –en los Estados Unidos- se adjudican el 54%, el 58% y el 74% de artículos publicados en la *American Economic Review*, el *Journal of Political Economy* y el *Quarterly Journal of Economics*, respectivamente, en los años 1973-1978. Con estas rigideces, cualquier cambio de cierta envergadura tiene unas posibilidades limitadas.

¹⁷ Nos merece especial consideración y afecto personal la obra de Galbraith. Su obra “*El nuevo estado industrial*”, publicada en 1967, esencial para entender la corriente institucionalista, aunque muy leída y discutida en la arena pública, nunca ha gozado de un prestigio similar en los círculos académicos. La ausencia del Premio Nobel de Economía en su curriculum así lo corrobora. Para una revisión de la Nueva Economía Institucional, ver Eggertsson (1995).

La ausencia de una visión directriz exterior motivó el fortalecimiento interior del pensamiento económico. Esto supuso la ampliación del papel del análisis. Algo que Mayer (1993) llamó “*la obsesión por la precisión en detrimento de la verdad*”. El mismo autor refuerza su planteamiento argumentando que la investigación contemporánea en teoría económica se rige por el “*principio del eslabón más fuerte*”, lo que quiere decir que la investigación se dirige hacia los aspectos en los que el avance es más fácil -en este caso, las categorías analíticas-. Este enfoque encierra el peligro, así lo señala Gordon (1976b), de situar el “*rigor*” por encima de la “*importancia*”. En esta dirección señala Galbraith (1992, p. 89):

“uno de los logros más firmes de la teoría económica, aunque no necesariamente de los más distinguidos, es su capacidad para acomodar intereses políticos y económicos concretos a su visión del proceso económico, la enseñanza del mismo y la adecuada acción pública. Siempre hay artesanos, a veces de habilidad nada desdeñable dispuestos a prestar este servicio”¹⁸.

Colander y Klammer (1987) en una encuesta a los alumnos graduados en los departamentos de élite en los Estados Unidos, obtienen que un 68% creía que un conocimiento cabal de la Economía misma carecía de importancia para alcanzar el éxito en la profesión. Sólo un 3% creía que era muy importante.

No debe omitirse para esta nueva orientación la llegada al poder en los Estados Unidos y en menor medida en Europa de una generación de políticos conservadores que con sus recetas de no intervención, dotaron de cierta relevancia a los planteamientos de los enfoques neoclásicos.

Heilbroner y Milberg (1998, p. 135) señalan otras dos explicaciones acerca del fracaso a la hora de que una teoría concreta ocupe el lugar del keynesianismo. En primer lugar, el énfasis creciente en la búsqueda del estatus científico por parte de la Economía. Se trata de someter a los fenómenos económicos a la disciplina de un orden natural. El modelo keynesiano supuso una ruptura brusca con las aproximaciones anteriores en este sentido: gran parte de las disfunciones señaladas por Keynes tendrían su origen en causas sociales y no mecánicas, como habían

sugerido las escuelas que le precedieron. El declive del keynesianismo vino determinado por un resurgir de las concepciones asentadas en los principios de la ley natural a la hora de abordar la investigación económica.

La segunda explicación acerca del fracaso para que otra teoría ocupe el lugar del keynesianismo está relacionada con la primera y es la incapacidad de la economía moderna para llegar a un acuerdo con el capitalismo... *“o incluso hablar de él como orden social cuyo funcionamiento económico específico dirige su atención analítica, y a partir de la que deriva su visión política y social”* (Heilbroner y Milberg, 1998, p. 135). El capitalismo se diferencia de cualquier otra formación social existente por tres características de tipo institucional. La primera, de naturaleza sociopolítica, el impulso acumulativo; es así porque se confunde con el fin que su clase dominante persigue para preservar y aumentar tanto el poder como el prestigio (ver Galbraith, 2000, p. 21). La segunda es de naturaleza organizativa y se concreta en la existencia del mercado como institución básica para la coordinación y la distribución. La tercera, de naturaleza administrativa, se cifra en la coexistencia de ámbitos públicos y privados en el funcionamiento del sistema. El capitalismo no se entendería sin uno de estos tres elementos, que se refuerzan mutuamente.

El argumento esgrimido por Heilbroner y Milberg (1998, p. 142) para explicar el fracaso actual en la configuración de una *“situación clásica”* es que *“la Economía es una forma de investigación peculiar a las sociedades capitalistas”*. El fracaso estriba en no reconocer y mucho menos explorar este vínculo. Como apuntan Heilbroner y Milberg (1998, p. 144)

“en realidad el significado de ‘económico’ sería ininteligible fuera del capitalismo... La psicología, la sociología y la política no incluyen al desempleo, o al crecimiento desigual, en sus preocupaciones conceptuales o analíticas. Lo que quiere decir que existen aspectos de un orden capitalista que no se pueden entender sin la economía; o por darle la vuelta, quiere decir que la economía no se puede aprender o utilizar sin hablar de capitalismo”.

¹⁸ El capítulo 7 de *“la cultura de la satisfacción”* está jalonado de ejemplos acerca de los servicios prestados por artesanos de la talla de Smith, Ricardo, Malthus, Spencer, Veblen...Su título: *“La acomodación económica (I)”*.

Heilbroner y Milberg (1998, p. 145) califican este “*indisoluble vínculo*” de la Economía con el capitalismo como el secreto mejor guardado de la profesión. En todo caso, este vínculo puede constatarse en las escuelas al margen de la corriente principal: marxistas, institucionalistas, hayekianos y otros liberales, en términos políticos.

La “*situación clásica*” keynesiana trató de despejar el desorden capitalista concluyendo en la necesidad de utilizar el poder del Estado. Este mensaje, desagradable para el capitalismo, no podía ser ignorado por éste. El fundamento “*visionario*” del pensamiento económico moderno ha sido el opuesto:

“La fiabilidad del comportamiento individual gobernado por la racionalidad como condición suficiente para un orden sistemático y la prosperidad” (Heilbroner y Milberg, 1998, p. 149).

Mensaje bien recibido por el capitalismo, pero inútil por ahistórico. Concluamos con Heilbroner y Milberg (1998; pp. 149-150):

“A medida que se aproxima el siglo XXI, la ausencia de un corpus aceptable de la teoría económica se torna cada vez más oneroso en términos de establecer los fundamentos para políticas eficaces de cara a mitigar los desafíos futuros”.

4. BIBLIOGRAFÍA.

1. Andreu, J.M. (1997): Una introducción a la Macroeconomía. Dyckinson.
2. Anisi, D. (1989): “La posibilidad actual de un Nuevo pacto Keynesiano” en Muñoz de Bustillo, R. (Comp.) (1989) pp. 241-272.
3. Anisi, D. (1992): Jerarquía, Mercado, Valores. Una reflexión económica sobre el poder. Alianza Editorial. Madrid.
4. Anisi, D. (1995): Creadores de escasez. Del bienestar al miedo. Alianza Editorial. Madrid.

5. Barber W. J. (1980): Historia del Pensamiento Económico. 5ª Edición. Alianza Universidad. Madrid.
6. Blaug, M. (1993): La metodología de la economía o cómo se explican los economistas. Alianza Universidad. Madrid.
7. Canterbury, E. R. y Burkhardt, R. (1983): "What do we mean by asking if economics is a science" en Eichner, A. (Comp.) (1983), pp. 15-40.
8. Colander, D. y Klamer, A. (1987): "Making of an Economist" en Journal of Economic Perspectives, 1, nº 2.
9. Comisión de las Comunidades Europeas (1993): Crecimiento, competitividad y empleo. Retos y pistas para entrar en el siglo XXI. Libro Blanco.
10. Dornbusch, R. y Fischer, S. (1994): Macroeconomía. Sexta Edición. Mc Graw-Hill. Madrid.
11. Eggertson, T. (1955): El comportamiento económico. Alianza Editorial. Madrid.
12. Eichner, A. (Comp.)(1983): Why economics is not yet a science. M. E. Sharpe.
13. Ekelund, R. B. y Hebert, R. F. (1992): Historia de la Teoría Económica y su método. 3ª Edición. Mc Graw Hill. Madrid.
14. Frey, B.; Pommerehne, W.; Schneider, F. y Gilbert, G. (1984): "Consensus and Dissension Among Economists: a Empirical Inquiry" en American Economic Review, 72, nº 5, pp. 986-994.
15. Friedman, M. (1974): "Comments on the Critics" en Gordon, R. (Comp.) (1974).
16. Galbraith, J. K. (1967:1980): El Nuevo estado industrial. 7ª Edición puesta al día. Colección Demos, Editorial Ariel. Barcelona.
17. Galbraith, J. K. (1992): La cultura de la satisfacción. 2ª Edición. Ariel Sociedad Económica. Barcelona.

18. Galbraith, J. K. (2000): Con nombre propio. De Franklin D. Roosevelt en adelante. Crítica. Barcelona.
19. Gordon, R. (Comp.) (1974): Milton Friedman's Monetary Framework: A Debate with his Critics. University of Chicago Press.
20. Gordon, R. A. (1976b): "Rigor and Relevance in a Changing Institutional Setting" en American Economic Review, 66. Marzo.
21. Heilbroner, R. y Milberg, W. (1998): La crisis de visión en el pensamiento económico moderno. Paidós. Barcelona.
22. Heintz, J. y Folbre, N. (2000): The ultimate field guide to the U.S. economy. A compact and irreverent guide to economic life in America. The New Press.
23. Hicks, J. R. (1937): "Mr. Keynes and the "classics": A suggested interpretation" en Econometrica, Abril nº 5, pp. 147-159.
24. Mankiw, G. (1990): "A quick refresher course in Macroeconomics" en Journal of Economic Literature. Diciembre.
25. Marshall, A. (1890:1954): Principios de Economía. Aguilar S.A. de Ediciones. Traducción directa de la octava edición inglesa por Emilio de Figueroa.
26. Mayer, T. (1993): Truth versus Precision in Economics. Edward Elgar.
27. McCloskey, D. (1990): La Retórica de la Economía. Alianza Universidad.
28. Menger, K. (1871:1997): Principios de Economía Política. 2ª Edición en español. Unión Editorial. Madrid.
29. Muñoz de Bustillo, R. (Comp.) (1989): Crisis y futuro del Estado de Bienestar. Alianza Universitaria. Madrid.
30. Palma, L. y Villar, C. (1997): "El papel del economista como Consejero Político: implicaciones para España a partir de la experiencia internacional" IV Encuentro

de Economía Pública. Universidad Pública de Navarra. Departamento de Economía.

31. Phillips, A. W. (1958): "The relation between unemployment and the rate of change of money wage rates in the United Kingdom, 1861-1957" en *Economica*, nº 2.
32. Rodríguez Braun, C. (1994): "Estudio preliminar" en Smith, A. (1776:1994). Smith, A. (1776:1994): *La Riqueza de las Naciones*. Edición de Carlos Rodríguez Braun. Alianza Editorial. Madrid.
33. Rojo, L. A. (1984): *Keynes: su tiempo y el nuestro*. Alianza Universidad. Madrid.
34. Roll, E. (1969): *El mundo después de Keynes*. Monte Ávila Editores.
35. Samuelson, P. A. y Nordhaus, W. (2005): *Economics. Eighteenth Edition*. Mc Graw-Hill.
36. Schumpeter, J. A. (1982): *Historia del Análisis Económico*. Ariel. Barcelona.
37. Sen, A. (1989): *Sobre Ética y Economía*. Alianza Universidad. Madrid.
38. Stein, J.(Comp.) (1976): *Monetarism*. North Holland.
39. Stigler, G. J. (1988): *El economista como predicador y otros ensayos*. Dos tomos. Orbis.
40. Stigler, G. J. y Friedland, C. (1988): "El modelo de empleo de citas en economía" en Stigler, G. J. (1988): pp. 111-137. Tomo II.
41. Summers, L. (1991): "The scientific illusion in Empirical Macroeconomics" en *Scandinavian Journal of Economics*, 93, nº 2.
42. Tobin, J. (1974): "Friedman's theoretical framework" en Gordon, R. (Comp.) (1974).

43. Torres López, J. (2000): España va bien y el mundo tampoco. Megablum. Sevilla.
44. Vercelli A. (1989): Keynesianismo. Oikos-Tau.